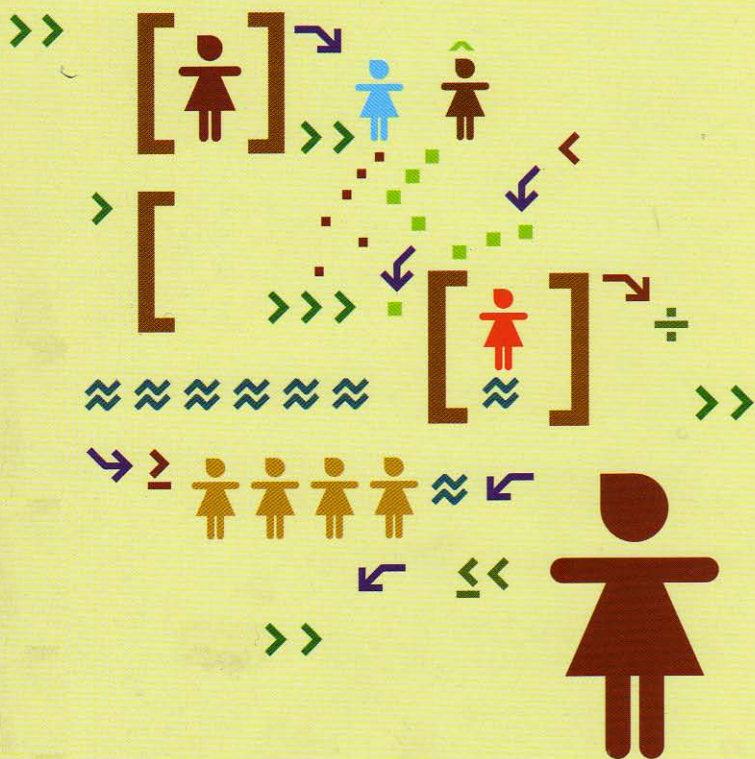


Michel Serres

PULGARCITA

EL MUNDO CAMBIÓ TANTO QUE LOS JÓVENES DEBEN
REINVENTAR TODO: UNA MANERA DE VIVIR JUNTOS,
INSTITUCIONES, UNA MANERA DE SER Y DE CONOCER...



Traducción de
VERA WAKSMAN

MICHEL SERRES

PULGARCITA

*El mundo cambió tanto que los jóvenes deben
reinventar todo: una manera de vivir juntos,
instituciones, una manera de ser y de conocer...*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en francés, 2012
Primera edición en español, 2013

Índice

Serres, Michel

Pulgarcita : el mundo cambió tanto que los jóvenes
deben reinventar todo : una manera de vivir juntos,
instituciones, una manera de ser y de conocer... - 1a ed. -
Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2013.
98 p. ; 21x14 cm. - (Tezontle)

Traducido por: Vera Waksman
ISBN 978-950-557-976-1

1. Sociología. 2. Educación. 3. I. Vera Waksman, trad.

CDD 306

Diseño de tapa: Juan Pablo Fernández

Título original: *Petite Poucette. Le monde a tellement changé
que les jeunes doivent tout réinventer: une manière de vivre ensemble,
des institutions, une manière d'être et de connaître...*
ISBN de la edición original: 978-2-7465-0605-3
© 2012, Le Pommier

D.R. © 2013, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-976-1

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar
cultura Libre

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA – PRINTED IN ARGENTINA
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

I. <i>Pulgarcita</i>	11
1. Novedades.....	15
2. Aquello en cuanto al cuerpo; esto en cuanto al conocimiento	19
3. El individuo	24
4. ¿Qué transmitir? ¿A quién transmitirlo? ¿Cómo transmitirlo?	27
5. Tornada	32
II. <i>Escuela</i>	35
III. <i>Sociedad</i>	61

*Para Hélène,
formadora de formadores de Pulgarcita,
oyente de los oyentes de los Pulgarcitos*

*Para Jacques, poeta,
que los hace cantar*

I. PULGARCITA

Antes de enseñar algo a alguien, es necesario al menos conocerlo. ¿Quién se presenta hoy en la escuela, en el colegio, en el liceo, en la universidad?

1. Novedades

ESTE NUEVO ESCOLAR, esta nueva estudiante no vio nunca un ternero, una vaca, un chanco ni una nidada. En 1900, la mayoría de los humanos del planeta trabajaban en la labranza y el pastoreo; en 2011 en Francia, y lo mismo ocurre en países análogos, sólo existe el 1% de campesinos. Hay que ver en ello, sin duda, una de las rupturas más fuertes de la historia desde el Neolítico. Nuestras culturas, referidas en otros tiempos a las prácticas geórgicas, cambiaron de repente. Así y todo, en el planeta, seguimos comiendo de la tierra.

Aquella o aquel que presento a ustedes ya no vive en compañía de los animales, ya no habita la misma tierra ni tiene la misma relación con el mundo. Ella o él sólo admira una naturaleza arcádica, la del tiempo de ocio o del turismo.

Vive en la ciudad. Sus predecesores inmediatos, más de la mitad de ellos, andaban por los campos. Sin embargo, como se ha vuelto sensible al entorno, contaminará menos; es más prudente y respetuoso de lo que éramos nosotros, adultos inconscientes y narcisos.

Ya no tiene la misma vida física, ni hay la misma cantidad de gente, porque la demografía saltó de pronto, en el lapso de una sola vida humana, de 2 a 7 mil millones de humanos; vive en un mundo lleno.

Aquí, su esperanza de vida llega hasta los 80 años. El día de su casamiento, sus bisabuelos se habían jurado fidelidad por apenas una década. Si él o ella viven juntos, ¿jurarán lo mismo por 65 años? Sus padres heredaron alrededor de los 30, ellos esperarán a la vejez para recibir ese legado. Ya no conocen las mismas edades, ni el mismo matrimonio, ni la misma transmisión de bienes.

Al partir a la guerra, con la flor en el fusil, sus padres ofrecían a la patria una esperanza de vida breve; ¿correrán ellos a la guerra de la misma manera, con la promesa de seis décadas por delante?

Desde hace sesenta años, intervalo único en la historia occidental, ni él ni ella conocieron guerra

alguna; en breve, tampoco sus dirigentes y sus maestros.

Al contar con una medicina por fin eficaz y, en la farmacia, con analgésicos y anestésicos, sufrieron menos, desde un punto de vista estadístico, que sus predecesores. ¿Tuvieron acaso hambre? Religiosa o laica, toda moral se reducía a ejercicios destinados a soportar un dolor inevitable y cotidiano: enfermedad, hambruna, crueldad del mundo.

Ya no tienen el mismo cuerpo ni la misma conducta; ningún adulto supo inspirarles una moral adaptada.

Mientras que sus padres fueron concebidos a ciegas, su nacimiento es programado. Dado que la edad promedio de la mujer para el primer hijo ha avanzado 10 o 15 años, los padres de los alumnos cambiaron de generación. En más de la mitad de los casos, esos padres se divorciaron. ¿Dejaron acaso a sus hijos?

Ni él ni ella tienen ya la misma genealogía.

Mientras que sus predecesores se reunían en clases o anfiteatros homogéneos desde el punto de vista cultural, ellos estudian en el seno de un colectivo en el que conviven diversas religiones, lenguas, oríge-

nes y costumbres. Para ellos y sus maestros, el multiculturalismo es de rigor. ¿Durante cuánto tiempo más podrán seguir cantando, en Francia, la vil “sangre impura”^{*} de algún extranjero?

No tienen ya el mismo mundo mundial, ya no tienen el mismo mundo humano. Alrededor de ellos, las hijas y los hijos de inmigrantes, llegados de países menos opulentos, vivieron experiencias vitales inversas a las de ellos.

Balance temporario. ¿Qué literatura, qué historia comprenderán, felices, sin haber vivido la rusticidad de las bestias domésticas, la cosecha de verano, diez conflictos, cementerios, heridos, hambrientos, patria, bandera ensangrentada, monumentos a los muertos..., sin haber experimentado, en el sufrimiento, la urgencia vital de una moral?

^{*} Alusión al verso del estribillo de la *Marsellesa* “qu’un sang impur/ abreuve nos sillons [que la sangre impura/ riegue nuestros surcos]”. [N. de la T.]

2. Aquello en cuanto al cuerpo; esto en cuanto al conocimiento

SUS ANCESTROS fundaban su cultura en un horizonte temporal de algunos miles de años, decorados por la antigüedad grecolatina, la Biblia judía, algunas tabletas cuneiformes, una prehistoria corta. Ahora millonario, su horizonte temporal se remonta a la barrera de Planck, pasa por la acreción del planeta, la evolución de las especies, una paleontología de millones de años.

Al no habitar ya el mismo tiempo, viven una historia por completo diferente.

Están formateados por los medios de comunicación, difundidos por los adultos que de manera minuciosa han destruido su facultad de atención reduciendo la duración de las imágenes a 7 segundos y el tiempo de las respuestas a las pre-

guntas a 15, según cifras oficiales; medios en los que la palabra más repetida es “muerte” y la imagen más representada la de los cadáveres. Desde los 12 años, esos adultos los obligaron a ver más de 20 mil crímenes.

Están formateados por la publicidad: ¿cómo es posible enseñarles que la palabra *relais* en lengua francesa termina en “-ais” cuando en todas las estaciones hay carteles en los que se escribe “-ay”? ¿Cómo es posible enseñarles el sistema métrico cuando, de la manera más tonta del mundo, el servicio ferroviario nacional les vende millas?

Nosotros, los adultos, hemos transformado nuestra sociedad del espectáculo en una sociedad pedagógica en la cual la competencia aplastante, vanidosamente inculta, eclipsa la escuela y la universidad. Por el tiempo de audiencia y de atención, por la seducción y la importancia, los medios se han apoderado desde hace tiempo de la función de enseñanza.

Criticados, despreciados, vilipendiados, porque pobres y discretos, aun cuando detentan el récord mundial de premios Nobel recientes y de medallas Fields respecto del número de la población, nuestros docentes han llegado a ser los me-

nos entendidos de esos maestros dominantes, ricos y ruidosos.

Estos niños viven, pues, en lo virtual. Las ciencias cognitivas muestran que el uso de la Red, la lectura o la escritura de mensajes con los pulgares, la consulta de Wikipedia o Facebook no estimulan las mismas neuronas ni las mismas zonas corticales que el uso del libro, de la tiza o del cuaderno. Pueden manipular varias informaciones a la vez. No conocen ni integran, ni sintetizan como nosotros, sus ascendientes.

Ya no tienen la misma cabeza.

Por el teléfono celular, acceden a cualquier persona; por GPS, a cualquier lugar; por la Red, a cualquier saber: ocupan un espacio topológico de vecindades, mientras que nosotros vivíamos en un espacio métrico, referido por distancias.

Ya no habitan el mismo espacio.

Sin que nos diéramos cuenta, nació un nuevo humano, durante un intervalo breve, el que nos separa de los años setenta.

Él o ella ya no tiene el mismo cuerpo, la misma esperanza de vida, ya no se comunica de la misma manera, ya no percibe el mismo mundo,

ya no vive en la misma naturaleza, ya no habita el mismo espacio.

Nacido con la peridural y de un nacimiento programado, ya no le teme, con los cuidados paliativos, a la misma muerte.

Como ya no tiene la misma cabeza que sus padres, él o ella conoce de otro modo.

Él o ella escribe de otro modo. Por haberlos observado, con admiración, enviar, con una rapidez mayor de lo que podría hacerlo jamás con mis torpes dedos, enviar, digo, SMS con los dos pulgares, los bauticé, con la mayor ternura que un abuelo pueda expresar, Pulgarcita y Pulgarcito. Ése es su nombre, más bonito que aquel viejo término sabiondo "dactilógrafo".

Ya no hablan la misma lengua. Desde Richelieu, la Academia Francesa publica más o menos cada veinte años, como referencia, el *Dictionnaire* de la nuestra. En los siglos pasados, la diferencia entre dos ediciones era de alrededor de 4 a 5 mil palabras, una cifra más o menos constante; entre la anterior y la próxima, será de unas 35 mil.

A este ritmo, se puede adivinar que con bastante rapidez nuestros sucesores podrían encontrarse mañana tan separados de nuestra lengua como lo estamos hoy del francés antiguo practi-

cado por Chrétien de Troyes o Joinville. Esta variación da una indicación casi fotográfica de los cambios que describo.

Esta diferencia inmensa que afecta a la mayoría de las lenguas se debe, en parte, a la ruptura entre los oficios de los años recientes y los de hoy. Pulgarcita y su amigo ya no se destacarán en las mismas tareas.

La lengua cambió, la labor mutó.

3. *El individuo*

MEJOR TODAVÍA, aquí están ambos, convertidos en individuos. San Pablo lo inventó en el inicio de nuestra era, pero el individuo acaba de nacer en estos días. Desde tiempos remotos hasta tiempos recientes, vivíamos de pertenencias: franceses, católicos, judíos, protestantes, musulmanes, ateos, de Gascuña o de Picardía, hombres o machos, indigentes o con fortuna..., pertenecíamos a regiones, a religiones, a culturas, rurales o urbanas, a equipos, a comunas, a un sexo, a un dialecto, a un partido, a la patria. Por viajes, imágenes, Red y guerras abominables, esos colectivos explotaron casi todos.

Y los que quedan se deshilachan.

El individuo ya no sabe vivir en pareja, se divorcia; ya no sabe estar en clase, se mueve y char-

la; ya no va a rezar a la iglesia. El verano pasado, nuestros futbolistas no supieron armar equipo; ¿acaso saben todavía nuestros políticos construir un partido plausible o un gobierno estable? Las ideologías se declaran muertas en todas partes: las pertenencias que reclutaban son las que se desvanecen.

Este individuo recién nacido resulta, antes bien, una buena noticia. Si se ponen en la balanza los inconvenientes de lo que los viejos cascarrabias llaman "egoísmo" junto con los crímenes cometidos por y para la *libido* de pertenencia –cientos de millones de muertos–, amo a estos jóvenes con toda mi alma.

Dicho esto, quedan por inventar nuevos lazos. Prueba de ello es el reclutamiento de Facebook, casi equipolente a la población mundial.

Como un átomo sin valencia, Pulgarcita está desnuda. Nosotros, los adultos, no hemos inventado ningún lazo social nuevo. La empresa generalizada de la sospecha, de la crítica y de la indignación contribuyó más bien a destruirlos.

Estas transformaciones que llamo "*hominiscentes*", muy escasas a lo largo de la historia, crean en me-

dio de nuestro tiempo y de nuestros grupos una grieta tan amplia y tan evidente que pocas miradas han podido medirla en su justa dimensión, comparable a aquéllas, visibles, del Neolítico, del comienzo de la era cristiana, del fin de la Edad Media y del Renacimiento.

En el lado posterior de esta falla, hay jóvenes a los que pretendemos dispensar una enseñanza, en el seno de marcos que datan de una época que ya no reconocen: edificios, patios de recreo, salones de clase, anfiteatros, campus, bibliotecas, laboratorios, incluso saberes..., marcos que datan de una época, digo, y estaban adaptados a un tiempo en el que los hombres y el mundo eran lo que ya no son.

Tres preguntas, por ejemplo.

4. *¿Qué transmitir? ¿A quién transmitirlo? ¿Cómo transmitirlo?*

¿QUÉ TRANSMITIR? ¡El saber!

En otros tiempos, el saber tenía como soporte el cuerpo del sabio, un aeda o un griot africano. Una biblioteca viviente...: ése es el cuerpo docente del pedagogo.

Poco a poco, el saber se hizo objetivo: al principio en rollos, en vitelas o pergaminos, soportes de escritura; luego, a partir del Renacimiento, en los libros de papel, soportes de imprenta; por último, hoy en día, en la Red, soporte de mensajes y de información.

La evolución histórica de la pareja soporte-mensaje es una buena variable de la función de enseñanza. En consecuencia, la pedagogía cambió al menos tres veces: con la escritura, los griegos inventaron la *paideia*; luego de la imprenta, pulularon los tratados de pedagogía. ¿Y hoy en día?

Repito: *¿Qué transmitir? ¿El saber? Ahí está, en todas partes por la Red, disponible, objetivado. ¿Transmitirlo a todos? En este momento, todo el saber es accesible para todos. ¿Cómo transmitirlo? ¡Ya está hecho!*

Con el acceso a las personas por el teléfono celular, con el acceso a todos los lugares por el GPS, el acceso al saber ya está abierto. De una cierta manera, ya es transmitido siempre y en todas partes.

Objetivado, por cierto, pero además, distribuido. No concentrado. Decía yo que vivimos en un espacio métrico, referido a centros, a concentraciones. Una escuela, una clase, un campus, un anfiteatro: ahí están las personas concentradas, estudiantes y profesores, libros en bibliotecas, instrumentos en los laboratorios... Ese saber, esas referencias, esos textos, esos diccionarios, ahí están distribuidos en todas partes y, en particular, en la propia casa –¡inclusive los observatorios!–, más aún, en todos los lugares a los que uno se desplaza. Por eso mismo, uno puede estar en contacto con sus colegas, sus alumnos donde quiera que estén, y pueden responder con toda facilidad.

El antiguo espacio de las concentraciones –ese mismo en el que hablo y ustedes me escuchan, ¿qué hacemos aquí?– se diluye, se expande; vivi-

mos, acabo de decirlo, en un espacio de vecindades inmediatas, pero, además, un espacio distributivo. Podría hablarles a ustedes desde mi casa o desde otra parte, y ustedes me escucharían en otra parte o en sus casas. ¿Qué es lo que hacemos aquí?

No me digan que el alumno carece de funciones cognitivas que permitan asimilar el saber así distribuido, puesto que, justamente, esas funciones se transforman con el soporte y por el soporte mismo. A causa de la escritura y la imprenta, la memoria, por ejemplo, mutó a tal punto que Montaigne quiso una cabeza bien hecha antes que una cabeza bien llena. Esa cabeza acaba de mutar una vez más.

Así, del mismo modo que la pedagogía fue inventada por los griegos (*paideia*), en el momento de la invención y la propagación de la escritura, se transformó luego con el surgimiento de la imprenta, durante el Renacimiento, y así también, hoy la pedagogía cambia por completo con las nuevas tecnologías, cuyas novedades son sólo una variable cualquiera dentro de la decena o la veintena que ya cité o podría enumerar.

Este cambio tan decisivo de la enseñanza –cambio que repercute poco a poco en todo el espacio

de la sociedad mundial y el conjunto de sus instituciones caducas, un cambio que no afecta, ni por asomo, tan sólo a la enseñanza, sino también al trabajo, las empresas, la salud, el derecho y la política, en suma, al conjunto de nuestras instituciones—, sentimos que lo necesitamos con urgencia, pero que todavía estamos lejos.

Es probable que se deba a que aquellos que se mueven en la transición entre los últimos estados todavía no se jubilaron, aun cuando son quienes organizan las reformas, según modelos perimidos desde hace largo tiempo.

Por haber enseñado durante medio siglo en casi todas las latitudes del mundo en las que esta grieta se abre tanto como en mi propio país, padecí, sufrí esas reformas inútiles como yesos sobre patas de palo, como remiendos. Ahora bien, los yesos dañan la tibia, incluso la artificial; los remiendos desgarran todavía más el tejido que tratan de reparar.

Sí, desde hace algunas décadas, veo que vivimos un período comparable a la aurora de la *paideia*, luego de que los griegos aprendieron a escribir y a demostrar; semejante al Renacimiento que vio nacer la imprenta y vio aparecer el reino del libro.

Un período incomparable, sin embargo, puesto que, al mismo tiempo que esas técnicas mutan, el cuerpo se metamorfosea, cambian el nacimiento y la muerte, el sufrimiento y la cura, los oficios, el espacio, el hábitat, el ser en el mundo.

5. Tornada

FRENTE A ESTAS MUTACIONES, es probable que convenga inventar novedades inimaginables, fuera de los marcos caducos que siguen formateando nuestras conductas, nuestros medios de comunicación, nuestros proyectos sumergidos en la sociedad del espectáculo. Veo que nuestras instituciones relucen con un brillo semejante al de las constelaciones que, según nos enseñan los astrónomos, ya están muertas desde hace un largo tiempo.

¿Por qué nunca ocurrieron esas novedades? Temo echarle la culpa a los filósofos, entre quienes me cuento, gente que tiene la vocación de anticipar el saber y las prácticas por venir y que ha fracasado, según entiendo, en su tarea. Comprometidos con la política del día a día, no vieron venir lo contemporáneo.

Si hubiera tenido que bosquejar el retrato de los adultos, de los que formo parte, ese perfil habría sido menos halagador.

Quisiera tener 18 años, la edad de Pulgarcita y de Pulgarcito, porque está todo por volver a hacerse, queda todo por inventar.

Deseo que la vida me deje suficiente tiempo para seguir trabajando en ello, en compañía de esos Pequeños a los que dediqué mi vida, porque, con todo respeto, siempre los quise mucho.

II. ESCUELA

LA CABEZA DE PULGARCITA

En su *Leyenda dorada*, Santiago de la Vorágine cuenta que en el siglo de las persecuciones decretadas por el emperador Domiciano, en Lutecia ocurrió un milagro. El ejército romano detiene allí a Denis, elegido obispo por los primeros cristianos de París. Encarcelado y luego torturado en la Île de la Cité, se vio condenado a ser decapitado en la cima de una colina que se llamará Montmartre.

La soldadesca holgazana renuncia a subir tan alto y ejecuta a la víctima a mitad de camino. La cabeza del obispo rueda por el suelo. ¡Horror! Separado, Denis se levanta, recoge la cabeza y, sosteniéndola entre sus manos, continúa trepando por la pendiente. ¡Milagro! Aterrada, la legión huye. El au-

tor agrega que Denis hizo una pausa para lavar su cabeza en una fuente y que siguió su camino hasta la actual Saint-Denis. Y ahí mismo lo canonizaron.

Pulgarcita abre su computadora. Si no recuerda esta leyenda, contempla sin embargo, ante ella y entre sus manos, su propia cabeza, muy llena gracias a la reserva enorme de informaciones, pero también bien hecha, porque los buscadores pueden activar, según se desee, textos e imágenes, y porque, mejor todavía, diez programas pueden tratar innumerables datos, más rápido de lo que ella podría hacerlo. Tiene ahí, fuera de ella, su cognición antes interna, como Saint-Denis tiene su cabeza fuera de su cuello. ¿Es posible imaginar a Pulgarcita decapitada? ¿Un milagro?

Hace poco, todos nos volvimos Saints-Denis, como ella. De nuestra cabeza huesuda y neuronal, salió nuestra cabeza inteligente. Entre nuestras manos, la caja-computadora contiene y hace funcionar, en efecto, lo que en épocas remotas llamábamos nuestras "facultades": una memoria, mil veces más poderosa que la nuestra; una imaginación equipada con millones de íconos; también una razón, puesto que tantos programas pueden resolver cientos de problemas que no habríamos resuelto solos. Nuestra cabeza está arrojada ante nosotros, en esa caja cognitiva objetivada.

Tras la decapitación, ¿qué nos queda sobre los hombros? La intuición innovadora y vivaz. El aprendizaje, caído dentro de la caja, nos deja la alegría incandescente de inventar. Fuego: ¿estamos condenados a volvernos inteligentes?

Cuando apareció la imprenta, Montaigne prefirió, ya lo dije, una cabeza bien hecha a un saber acumulado, porque esa acumulación, ya objetivada, yacía en el libro, sobre los estantes de su biblioteca; antes de Gutenberg, había que saberse Tucídides de memoria y Tácito si se hacía historia, Aristóteles y los mecánicos griegos si a uno le interesaba la física, Demóstenes y Quintiliano si quería sobresalir en el arte oratoria... por tanto, tener la cabeza llena. Economía: recordar el lugar del volumen en el estante de la biblioteca cuesta menos en la memoria que retener el contenido. Nueva economía, radical ésta: nadie necesita retener el lugar, un buscador se ocupa.

De ahora en más, la cabeza descabezada de Pulgarcita difiere de las viejas, más hechas que llenas. Ya no tiene que trabajar duro para aprender el saber, puesto que ahí está, arrojado, ante ella, objetivo, recolectado, colectivo, conectado, accesible cuando se desea, ya revisado y controlado diez veces, Pulgarcita puede, entonces, volverse hacia el muñón de ausencia que sobrevuela

su cuello cortado. Por allí pasan aire, viento, mejor aún, esa luz que pintó Bonnat, el pintor bombero, cuando dibujó el milagro de Saint-Denis sobre las paredes del Panteón, en París. Allí reside el nuevo genio, la inteligencia inventiva, una auténtica subjetividad cognitiva; la originalidad de la niña se refugia en ese vacío translúcido, bajo esta bonita brisa. Conocimiento de costo casi nulo, difícil de captar, con todo.

¿Pulgarcita celebra acaso el fin de la era del saber?

LO DURO Y LO BLANDO

¿Cómo pudo producirse este cambio humano decisivo? Prácticas, concretas; de manera inexorable pensamos que las revoluciones se hacen alrededor de las cosas duras: nos importan las herramientas, las hoces y los martillos. Damos siempre el mismo nombre a algunas eras de la historia: revolución industrial reciente, edades de bronce y de hierro, piedra pulida o tallada. Más o menos ciegos y sordos, concedemos menos atención a los signos, blandos, que a esas máquinas tangibles, duras y prácticas.

Sin embargo, la invención de la escritura y la otra, más tardía, de la imprenta conmocionaron a

las culturas y a los colectivos más que las herramientas. Lo duro muestra su eficacia sobre las cosas del mundo; lo blando muestra la suya sobre las instituciones de los hombres. Las técnicas guían hacia o suponen las ciencias duras; las tecnologías suponen y guían a las ciencias humanas, asambleas públicas, política y sociedad. Sin la escritura, ¿estaríamos acaso reunidos en ciudades? ¿Habríamos estipulado un derecho, fundado un Estado, concebido el monoteísmo y la historia, inventado las ciencias, instituido la *paideia*...? ¿Habríamos acaso garantizado su continuidad? ¿Acaso, sin la imprenta, durante el bien llamado Renacimiento, habríamos cambiado el conjunto de esas instituciones y de esas asambleas? Lo blando organiza y federa a aquellos que utilizan lo duro.

Aunque sigamos sin sospecharlo, vivimos juntos hoy en día como hijos del libro y nietos de la escritura.

EL ESPACIO DE LA PÁGINA

Bajo su forma impresa, el escrito se proyecta hoy en día por todas partes en el espacio, hasta invadirlo y ocultar el paisaje. Afiches de publicidad, carteles en las rutas, flechas en calles y avenidas,

horarios en las estaciones, marcadores de puntos en los estadios, traducciones en la ópera, rollos de los profetas en las sinagogas, evangeliarios en las iglesias, bibliotecas en los campus, pizarrones negros en las aulas, PowerPoint en los anfiteatros, revistas y diarios...: la *página* nos domina y nos conduce. Y la pantalla la reproduce.

Catastro rural, planos de ciudades o de urbanismo, los calcos azulados de los arquitectos, proyectos de construcciones, diseños de las salas públicas y de las habitaciones íntimas... imitan, por sus cuadrículas suaves y paginadas, el *pagus* de nuestros ancestros, parcelas sembradas de alfalfa o espacios de tierra labrados, sobre la dureza de los cuales el campesino dejaba la huella de la carreta; el surco ya escribía su línea en ese espacio recortado. Ésa es la unidad espacial de percepción, de acción, de pensamiento, de proyecto; ése es el formato multimilenario, casi tan preponderante entre nosotros los hombres, al menos los occidentales, como el hexágono entre las abejas.

NUEVAS TECNOLOGÍAS

Ese formato-página nos domina tanto, y a tal punto sin que nos demos cuenta, que las nuevas tec-

nologías todavía no han podido reemplazarlo. La pantalla de la computadora –que también se abre como un libro– lo imita, y Pulgarcita sigue escribiendo en ella, con sus diez dedos o, en el celular, con sus dos pulgares. Una vez terminado el trabajo, se apresura a imprimir. Los innovadores de todo tipo buscan el nuevo libro electrónico, mientras que lo electrónico no se liberó todavía del libro, aunque implique algo muy distinto del libro, muy distinto del formato transhistórico de la página. Esa otra cosa queda por descubrir. Pulgarcita nos ayuda a hacerlo.

Recuerdo la sorpresa que sentí hace algunos años, en el campus de Stanford donde enseñé desde hace treinta años, al ver levantarse, en el vecindario del antiguo Cuadrángulo y financiadas por los millonarios del vecino Silicon Valley, torres destinadas a la informática casi idénticas, de hierro, de cemento y con alguna vidriería de diferencia, a los edificios de ladrillo en los que se dispensa, desde hace un siglo, la enseñanza de ingeniería mecánica o de historia medieval. La misma disposición del suelo, las mismas salas y pasillos, siempre el formato inspirado en la página. Como si la reciente revolución, tan poderosa al menos como las de la imprenta y la escritura, no cambiara nada respecto del saber, la pedagogía, el espacio

universitario mismo, inventado en otras épocas por y para el libro.

No. Las nuevas tecnologías obligan a salir del formato espacial implicado por el libro y la página. ¿Cómo?

UNA HISTORIA BREVE

En primer lugar: las herramientas habituales externalizan nuestras fuerzas, duras; surgidos del cuerpo, los músculos, huesos y articulaciones se organizaron en la forma de las máquinas simples, palancas y aparejos, que imitaban el funcionamiento de aquél; nuestra temperatura elevada, fuente de nuestra energía, emanada del organismo, se organizó luego bajo la forma de máquinas motrices. Las nuevas tecnologías externalizan por último mensajes y operaciones que circulan en el sistema neuronal, informaciones y códigos, blandos; la cognición, en parte, se dirige hacia esta nueva herramienta.

¿Qué queda, entonces, por encima de los cuellos cortados del Saint-Denis de París y de sus hijos e hijas, hoy en día?

PULGARCITA MEDITA

Cogito: mi pensamiento se distingue del saber, de los procesos de conocimiento –memoria, imaginación, razón deductiva, refinamiento y geometría...– externalizados, con sinapsis y neuronas, en la computadora. Mejor todavía: yo pienso, yo invento si me distancio así de ese saber y de ese conocimiento, si me aparto de él. Me convierto a ese vacío, a ese aire impalpable, a esa alma, cuya palabra traduce ese viento. Pienso más blando aún que ese blando objetivado; invento si logro ese vacío. No me reconozcan más por mi cabeza, ni por su denso relleno, ni por su singular perfil cognitivo, sino por su ausencia inmaterial, por la luz transparente que emana del desprendimiento. Por esa nada.

Si Montaigne hubiese explicado las maneras que tenía una cabeza de hacerse a la perfección, habría, por eso mismo, dibujado una caja para completar y esa cabeza vacía caería fuera una vez más en la computadora. No, no cortarla para reemplazarla por otra. No sentir ninguna angustia frente al vacío. Vamos, fuerza... El saber y sus formatos, el conocimiento y sus métodos, detalle infinito y síntesis admirables, que mis predecesores recogen como corazas en las notas a pie de

página y en las bibliografías masivas de libros, y que me acusan de olvidar, todo ello, bajo el sablazo de los torturadores de Saint-Denis, caído en la caja electrónica. Extraño, casi salvaje, el *ego* se retira de todo aquello, y también incluso de aquello, vuela en el vacío, en su nulidad blanca y cándida. La inteligencia inventiva se mide según la distancia respecto del saber.

El sujeto del pensamiento acaba de cambiar. Las neuronas activadas en el fuego blanco del cuello cortado difieren de aquellas a las que la escritura y la lectura se referían en la cabeza de los predecesores, que zumban en la computadora.

De ahí la nueva autonomía de los entendimientos, a la que corresponden movimientos corporales sin limitaciones y un murmullo de voces.

VOCES

Hasta esta misma mañana, un docente, en su aula o en el anfiteatro, entregaba un saber que, en parte, yacía ya en los libros. Oralizaba lo escrito, una página-fuente. Si inventa, cosa rara, escribirá mañana una página-antología. Su cátedra hacía oír a ese portavoz. Para esa emisión oral, pedía silencio. Ya no lo obtiene.

Desde la infancia, en el primero y el segundo ciclo, comienza a formarse la ola de lo que se llama la charla, se levanta como un tsunami en el secundario y ahora acaba de alcanzar la educación superior, donde los anfiteatros, desbordados por ella, están colmados, por primera vez en la historia, de un murmullo permanente que vuelve penosa toda escucha o vuelve inaudible la vieja voz del libro. He aquí un fenómeno bastante general como para prestarle atención. Pulgarcita no lee ni desea oír el escrito dicho. Aquel a quien una vieja publicidad dibujaba como a un perro ya no escucha la voz de su amo.* Reducidos al silencio desde hace tres milenios, Pulgarcita, sus hermanas y sus hermanos producen a coro en este momento un ruido de fondo que ensordece al portavoz de la escritura.

¿Por qué charla, en medio del murmullo de sus charlatanes compañeros? Porque ese saber anunciado ya lo tiene todo el mundo. Íntegro. A disposición. Al alcance de la mano. Accesible por la Web, Wikipedia, el celular, por cualquier portal. Explicado, documentado, ilustrado, sin más

* Referencia a la publicidad de la marca Pathé Marconi, conocida por el eslogan "La voix de son maître", simbolizado desde principios del siglo xx por el cuadro del pintor Francis Barraud, que representa a un perro frente a la bocina de un gramófono. [N. de la T.]

errores que en las mejores enciclopedias. Ya nadie necesita a los portavoces de antaño, salvo si uno, original y raro, inventa.

Fin de la era del saber.

LA OFERTA Y LA DEMANDA

Este nuevo desorden, primitivo como todo caos, anuncia un retorno: primero, de la pedagogía; luego, de la política en todos los aspectos. En otros tiempos, enseñar consistía en una oferta. Exclusiva, semiconductiva, ésta no tuvo nunca el cuidado de escuchar la opinión ni las elecciones de la demanda. Aquí está el saber, acumulado en las páginas de los libros, así hablaba el portavoz, lo mostraba, lo leía, lo decía; escuchen, lean luego, si quieren. En todo caso, silencio.

La oferta decía dos veces: cállate.

Se terminó. Por su ola, la charla rechaza esa oferta para anunciar, para inventar, para presentar una nueva demanda, probablemente de otro saber. ¡Inversión! Nosotros, docentes habladores, escuchamos también el rumor confuso y caótico de esa demanda charlatana, surgida de los alumnos a quienes, antes, nadie consultaba para escuchar de ellos si demandaban de verdad aquella oferta.

¿Por qué a Pulgarcita le interesa cada vez menos lo que dice el portavoz? Porque, frente a la oferta creciente de saber en capas inmensas, accesible siempre y en todas partes, una oferta puntual y singular se vuelve absurda. La pregunta se planteaba con crudeza cuando hacía falta desplazarse para descubrir un saber escaso y secreto. Ahora accesible, sobreabunda, cercano, inclusive en volúmenes pequeños que Pulgarcita lleva en su bolsillo, bajo el pañuelo. La ola del acceso a los saberes sube tan alto como la de la charla.

La oferta sin demanda murió esta mañana. La oferta enorme que la sigue y la reemplaza retrocede ante la demanda. Es cierto respecto de la escuela; voy a decir que empieza a serlo respecto de la política. ¿El fin de la era de los expertos?

LOS PETRIFICADOS

Con las orejas y el hocico hundidos en el portavoz, el perro, sentado, fascinado por la escucha, no se mueve. Buenos como ángeles desde la más tierna edad, comenzábamos, de niños, una larga carrera de cuerpos sentados, inmóviles, en silencio y en fila. Nuestro nombre en otros tiempos era éste: Petrificados. Con los bolsillos vacíos, obede-

cíamos, no sólo sometidos a los maestros, sino sobre todo al saber, al que los maestros mismos, con humildad, se sometían. Ellos y nosotros lo considerábamos como soberano y magistral. Nadie se habría atrevido a redactar un tratado de la obediencia voluntaria al saber. Algunos hasta se veían amedrentados por él, impedidos por eso mismo de aprender. No eran tontos, pero estaban aterrados. Hay que intentar captar esa paradoja: para no comprender el saber y rechazarlo, aun cuando se pretendía haberlo recibido y comprendido, era preciso que aterrorizara.

La filosofía hablaba incluso a veces del Saber Absoluto, con mayúsculas. Exigía entonces una inclinación sumisa de la columna, como la de nuestros ancestros, encorvados ante el poder absoluto de los reyes por derecho divino. Jamás existió la democracia del saber. No era que algunos, que detentaban el saber, detentaban el poder, sino que el saber mismo exigía cuerpos humillados, incluso los de aquellos que lo detentaban. El más desdibujado de los cuerpos, el cuerpo docente, daba clases haciendo señas a ese absoluto ausente, por completo inaccesible. Los cuerpos, fascinados, ni se movían.

Ya formateado por la página, el espacio de las escuelas, de los colegios, de los campus, se refor-

mateaba por esa jerarquía inscrita en la postura corporal. Silencio y postración. La focalización de todos hacia el estrado donde el portavoz requiere silencio e inmovilidad reproduce en la pedagogía la del pretor ante el juez, del teatro ante la platea, de la corte real ante el trono, de la iglesia ante el altar, de la habitación ante el hogar... de la multiplicidad ante lo uno. Sitios estrechos, trabados, por los cuerpos inmovilizados de esas instituciones-cavernas. Ése es el tribunal que condena a Saint-Denis. ¿El fin de la era de los actores?

LA LIBERACIÓN DE LOS CUERPOS

Novedad. La facilidad del acceso le da a Pulgarcita, como a todo el mundo, unos bolsillos llenos de saber, bajo los pañuelos. Los cuerpos pueden salir de la Caverna, donde la atención, el silencio y la curvatura de las espaldas los ataban a las sillas como con cadenas. Si se los obliga a retomar las viejas costumbres, ya no se van a quedar en sus asientos. Barullo, dicen.

No. El espacio del anfiteatro se dibujaba en otros tiempos como un campo de fuerzas cuyo centro orquestal de gravedad se encontraba en el estrado, en el punto focal de la tarima, literal-

mente, un *power point*. Allí se ubicaba la pesada densidad del saber, casi nulo en la periferia. Ahora distribuido en todas partes, el saber se expande en un espacio homogéneo, descentrado, libre de movimientos. El aula de antaño ha muerto, aun cuando todavía no se ve otra cosa, aun cuando no se sabe construir nada más, aun cuando la sociedad del espectáculo todavía intenta imponerse.

Entonces los cuerpos se movilizan, circulan, gesticulan, llaman, se interpelan, intercambian de buena gana lo que encontraron debajo de sus pañuelos. ¿La charla sucede al silencio y el barullo a la inmovilidad? No, en otros tiempos prisioneros, los Pulgarcitos se liberan de las cadenas de la Caverna milenaria que los ataban, inmóviles y silenciosos, a su lugar, con la boca cosida y el culo sentado.

MOVILIDAD: CONDUCTOR Y PASAJERO

El espacio centrado o focalizado de la clase o del anfiteatro puede dibujarse también como el volumen de un vehículo: tren, automóvil, avión, en el que los pasajeros, sentados en filas en el vagón, el habitáculo o el fuselaje, se dejan conducir por aquel que los guía hacia el saber. Vean ahora el

cuerpo del pasajero, blando, con la panza al aire y la mirada perdida y pasiva. Activo y atento, por el contrario, el conductor inclina la espalda y tiende los brazos hacia el volante.

Cuando Pulgarcita usa la computadora o el celular, ambos le exigen el cuerpo de una conductora en tensión de actividad, no el de un pasajero en una pasividad de relajación: demanda y no oferta. Ella inclina la espalda y no pone el vientre en alto. Lleve a esta personita a una sala de clase: acostumbrada a conducir, su cuerpo no soportará durante mucho tiempo el asiento del pasajero pasivo; se activa entonces, privada de máquina de conducir. Barullo. Ponga una computadora entre sus manos, volverá a encontrar la gestualidad del cuerpo-piloto.

Ya sólo hay conductores, sólo hay motricidad; ya no hay espectadores, el espacio del teatro se llena de actores, móviles; ya no hay jueces en el pretorio, sólo oradores, activos; ya no hay sacerdotes en el santuario; el templo se llena de predicadores; ya no hay maestros en el anfiteatro, en todas partes hay profesores... Y, tendremos que decirlo, ya no hay poderosos en la arena política, ahora ocupada por los decididos.

Fin de la era de los que toman decisiones.

LA TERCERA INSTRUCCIÓN

Pulgarcita busca y encuentra el saber en su máquina. Antaño, rara vez accesible, ese saber se ofrecía dividido, recortado, despedazado. Página tras página, sabias clasificaciones repartían a cada disciplina su parte, su sección, sus espacios, sus laboratorios, su estante de biblioteca, sus créditos, sus portavoces y su corporativismo. El saber se dividía en sectas. Así volaba en pedazos lo real.

El río, por ejemplo, desaparecía bajo depresiones dispersas de geografía, geología, geofísica, hidrodinámica, cristalografía de los aluviones, biología de los peces, pesca, climatología, sin contar la agronomía de las llanuras regadas, la historia de las ciudades mojadas, de las rivalidades entre los ribereños, además de los puentes de mando, las barcarolas y el *Puente Mirabeau*... Al mezclar, integrar, fusionar estos restos, al hacer de esos miembros sueltos el cuerpo vivo de la corriente, el acceso fácil al saber permitiría habitar el río, por fin lleno y nivelado.

Pero ¿cómo fusionar las clasificaciones, fundir las fronteras, juntar las páginas ya recortadas con su formato, superponer los planos de la universidad, unificar los anfiteatros, apilar veinte departamentos, hacer que tantos expertos de alto nivel,

cada uno de los cuales cree detentar la definición exclusiva de la inteligencia, se entiendan? ¿Cómo transformar el espacio del campus, que imita el del campo atrincherado del ejército romano, ambos cuadrículados por caminos normales y distribuidos en cohortes o jardines yuxtapuestos?

Respuestas: escuchando el ruido de fondo surgido de la demanda, del mundo y de las poblaciones, siguiendo los movimientos nuevos de los cuerpos, intentando explicitar el futuro que implican las nuevas tecnologías. ¿Cómo? ¿De nuevo?

LO DISPARATADO
CONTRA LA CLASIFICACIÓN

Dicho de otro modo, ¡qué paradoja!, ¿cómo dibujar movimientos brownianos? Es posible, al menos, favorecerlos por la invención creativa de Boucicaut.

Fundador de la gran tienda Bon Marché, clasificó primero la mercadería por vender, de acuerdo con estanterías y sectores ordenados. Cada paquete tranquilito en su lugar, clasificado, ordenado, como alumnos en filas o como legionarios romanos en su campo atrincherado. El término "clase" significa, en el origen, ese ejército en filas apretadas. Ahora bien, como por primera vez, su

gran almacén, tan universal para la *Felicidad de las damas* como la universidad para el placer de aprender, agrupaba todo aquello con lo que un parroquiano podía soñar: alimentación, vestimenta, cosméticos; el éxito no se hizo esperar y Boucicaut hizo una fortuna. La novela que Émile Zola dedica a este inventor narra la contrariedad que siente cuando las ganancias, al tocar el techo, permanecen durante largo tiempo constantes.

Una mañana, preso de una intuición súbita, dio vuelta aquella clasificación razonable, hizo de los corredores de su tienda un laberinto y de sus estantes un caos. Así, un día en que la señora abuela de Pulgarcita vino a comprar puerros para el caldo y, por ese azar vigorosamente programado debió atravesar el departamento de las sedas y las puntillas, terminó comprando lencería además de verduras... Fue entonces que las ventas perforaron el techo.

Lo disparatado tiene virtudes que la razón no conoce. Práctico y rápido, el orden puede, sin embargo, aprisionar; favorece el movimiento pero, al cabo, lo congela. Indispensable para la acción, la *check-list* puede esterilizar el descubrimiento. Por el contrario, en el desorden entra aire, como en un aparato que tiene juego. Ahora bien, el juego

provoca el invento. Entre el cuello y la cabeza cortada apareció el mismo juego.

Sigamos a Pulgarcita en sus juegos, escuchemos la intuición azarosa e inventiva de Boucicaut, que desde entonces todos los almacenes pusieron en práctica, demos vuelta la clasificación de las ciencias, ubiquemos el departamento de física junto a la filosofía, la lingüística frente a las matemáticas, la química con la ecología. Tallemos incluso en el detalle, piquemos esos contenidos para que tal investigador encuentre frente a su puerta a otro, salido de un cielo extraño y hablando otro idioma. Viajaría lejos sin inmutarse. Al *castrum* racional del ejército romano, dividido en perpendiculares y separado en cohortes cuadradas, seguiría entonces un mosaico de piezas diversas, una suerte de caleidoscopio, el arte de la marquetería, un popurrí.

El tercero instruido ya soñaba con universidades de espacio mezclado, atigrado, anudado, colorido, abigarrado, constelado... ¡real como un paisaje! Antes hacía falta correr para ir hasta el otro, o nos quedábamos en casa para no oírlo; ahora ahí está, todo el tiempo cerca, sin que nadie tenga que moverse.

Aquellos cuya obra desafía toda clasificación y que siembran a los cuatro vientos fecundan la inventiva, mientras que los métodos seudooracio-

nales jamás sirvieron para nada. ¿Cómo rediseñar la página? Olvidando el orden de las razones, orden por cierto, pero sin razón. Hay que cambiar de razón. El único acto intelectual auténtico es la invención. Prefiramos pues el laberinto de los pulgares electrónicos. ¡Vivan Boucicaut y mi abuela!, exclama Pulgarcita.

EL CONCEPTO ABSTRACTO

¿Y qué pensar de los conceptos, a veces tan difíciles de formar? Dime qué es la Belleza. Y Pulgarcita responde: una bella mujer, una bella yegua, una bella aurora... Un momento, veamos: te pido un concepto, pero me citas mil ejemplos, ¡siempre lo mismo, con las doncellas y las potrancas!

Entonces, la idea abstracta equivale a una grandiosa economía de pensamiento: la Belleza tiene en su mando a mil y una bellas, así como el círculo del geómetra comprende miríadas infinitas de círculos. No habríamos podido nunca escribir ni leer páginas ni libros si hubiéramos tenido que citar a esas bellas y a esos círculos, numerosísimos, sin término. Mejor aún, no puedo delimitar la página sin apelar a esta idea que tapa las fugas de la enumeración indefinida. La abstracción es el tapón.

¿Todavía lo necesitamos? Nuestras máquinas pasan tan rápido que pueden contar al infinito el particular, que saben detenerse en la originalidad. Si la imagen de la luz puede todavía servirnos para ilustrar, por así decir, el conocimiento, nuestros ancestros habían elegido la claridad de la luz, mientras que nosotros optamos por la velocidad. El buscador puede, en ocasiones, reemplazar la abstracción.

Ya nos referimos al sujeto, pero también el objeto de la cognición acaba de cambiar. No tenemos una necesidad obligatoria de concepto. A veces, no siempre. Podemos detenernos todo lo que sea necesario frente a los relatos, a los ejemplos y las singularidades, a las cosas mismas. Esta novedad, práctica y teórica, vuelve a dar dignidad a los saberes de la descripción y de lo individual. En consecuencia, el saber ofrece su dignidad a las modalidades de lo posible, de lo contingente, de las singularidades. Una vez más, cierta jerarquía se derrumba. El matemático llegó a ser experto en caos y ya no puede despreciar las ciencias naturales, que ahora practican la mezclanza a la manera de Boucicaut, que ahora deben enseñar de manera integrada porque, si recorta la realidad viviente de manera analítica, ella muere. Una vez más, el orden de las razones, todavía útil, por cierto, pero

a veces obsoleto, deja su lugar a una nueva razón, acogedora de lo concreto singular, por naturaleza laberíntica... al relato.

El arquitecto trastoca las divisiones del campus.

Espacio de circulación, oralidad difusa, movimientos libres, fin de las clases clasificadas, distribuciones disparatadas, innovación creativa en la invención, rapidez de la luz, novedad de los sujetos tanto como de los objetos, búsqueda de otra razón...: la difusión del saber ya no puede tener lugar en ninguno de los campus del mundo, ordenados, formateados página por página, racionales a la manera antigua, imitando los campos del ejército romano. Ése es el espacio de pensamiento donde vive, en cuerpo y alma, desde esta mañana, la juventud de Pulgarcita.

Saint-Denis pacifica la legión.

III. SOCIEDAD

ELOGIO DE LAS NOTAS RECÍPROCAS

¿Le pondrá nota Pulgarcita a sus docentes? Esta polémica, tonta, supo hacer furor en Francia. Desde lejos, me asombré: hace cuarenta años que los estudiantes me ponen nota en otras universidades. Y no me va mal. ¿Por qué? Porque, inclusive sin ley, quienes asisten a una clase siempre evalúan al profesor. Había mucha gente en el anfiteatro; más de tres o cuatro estudiantes esta mañana: sanción por el número. O por la atención: escucha o barullo. Causa de sí misma, la elocuencia toma su origen en el silencio del auditorio, nacido él mismo de la elocuencia.

Mejor dicho, siempre todo el mundo soporta una nota: el enamorado, de su amante silenciosa; el proveedor, de la aclamación de sus clientes; los

medios, del *rating* de audiencia; el médico, de las visitas de los pacientes; el candidato electo, de la sanción de los votantes. Esto plantea sin más la pregunta por el gobierno.

La fiebre de la nota que, bajo la presión de las mamás compasivas y de la psicología, abandonó tan pronto la escuela, invadió la sociedad civil que publica hasta el cansancio las listas de las mejores ventas, reparte premios Nobel, Oscars, copas de metal de aleación, clasifica a las universidades, califica a los bancos y a las empresas, inclusive a los Estados, soberanos en otra época. Al dar vuelta la página, lector, usted ahora mismo me está evaluando.

Una suerte de demonio de doble cara empuja a juzgar esto o aquello como bueno o malo, inocente o nocivo. La lucidez discierne más bien aquello que muere del mundo antiguo y emerge del nuevo. Ese día nace una inversión que favorece una circulación simétrica entre los calificadores y los calificados, los poderosos y los súbditos, una reciprocidad. Todo el mundo parecía creer, en efecto, que todo cae de arriba hacia abajo, de la cátedra a los bancos, de los elegidos a los electores; que río arriba se presenta la oferta y que la demanda, río abajo, consumirá todo. Que hay grandes centros comerciales, grandes bibliotecas, grandes patrones, ministros, hombres de Estado... que, dando por sentada

la incompetencia de los otros, extienden su lluvia bienhechora sobre las tallas pequeñas. Quizás esa era tuvo lugar; hoy se termina bajo nuestros ojos, en el trabajo, en el hospital, en el camino, en grupo, en la plaza pública, en todas partes.

Liberada de los semiconductores, quiero decir de las relaciones asimétricas, la nueva circulación hace oír las notas, casi musicales, de su voz.

ELOGIO DE H. POTTER

Hombrecito de Birmingham, Humphrey Potter ató, dicen, con la cuerda de un trompo, el brazo de la máquina de vapor a válvulas que debía accionar con la mano; al huir de un trabajo aburrido para ir a jugar, inventó, suprimiendo su esclavitud, una suerte de retroalimentación. Ya sea verdadero o inventado, este cuento celebra la precocidad de un genio; desde mi punto de vista, muestra más bien la competencia frecuente, fina y adaptada, del obrero, hasta del menor, en los lugares mismos en los que quienes deciden, lejanos, mandan a actuar sin pedirles nada a los actores, que se prejuzgan incompetentes. H. Potter es uno de los nombres de guerra de Pulgarcita.

El término empleado expresa esa presunción de incompetencia: se trata, en efecto, de plegarlo a

gusto para explotarlo; así como el enfermo se reduce a un órgano que hay que reparar, el estudiante a una oreja que hay que llenar o a una boca silenciosa que colmar, el obrero llega a ser una máquina que hay que administrar, algo más complicada que aquella en la que trabaja. Arriba, año, bocas sin orejas; abajo, oídos mudos.

Elogio del control recíproco. Al restituir rostros completos en los dos niveles, las mejores empresas ubican al obrero en el centro de la decisión práctica. Lejos de organizar de manera piramidal la logística sobre los flujos y la regulación de la complejidad, lo cual la multiplica por capas de regulación, las empresas dejan a Pulgarcita controlar en tiempo real su propia actividad —defectos observados o reparados con mayor facilidad, soluciones técnicas que se encuentran con más rapidez, productividad mejorada—, pero también examinar a quienes la mandan, aquí patrones pero, más allá, médicos y políticos.

TUMBA DEL TRABAJO

Pulgarcita busca trabajo. Y cuando encuentra, sigue buscando, a tal punto sabe que puede perder de la noche a la mañana el que acaba de conse-

guir. Más aún, en el trabajo le responde al que le habla, no de acuerdo con la pregunta planteada, sino para no perder el trabajo. Esta mentira, ahora habitual, daña a todo el mundo.

Pulgarcita se aburre en el trabajo. Su vecino carpintero recibía en otros tiempos las planchas en bruto del aserradero, ubicado en medio del bosque; después de dejarlas secar un tiempo, sacaba de ese tesoro, y de acuerdo a los pedidos, bancos, mesas o puertas. Treinta años después, recibe de una fábrica las ventanas ya listas que coloca en grandes construcciones con aberturas formateadas. Él se aburre. Ella también. El interés de la obra se capitaliza en las oficinas de estudios, allá arriba. El capital no significa sólo la concentración del dinero, sino también del agua en las represas, del mineral bajo la tierra, de la inteligencia en un banco de ingeniería alejado de quienes ejecutan. El aburrimiento de todos viene de esa concentración, de esa captación, de ese robo del interés.

La productividad, que aumenta de manera vertical desde 1970, el crecimiento demográfico mundial, también vertical y añadido a la primera, enrarecen cada vez más el trabajo; ¿pronto sólo una aristocracia gozará de él? Surgido con la revolución industrial y copiado del servicio divino de los monasterios ¿hoy en día se muere

poco a poco? Pulgarcita vio cómo disminuía el número de mamelucos; las nuevas tecnologías reducirán el de sacos y corbatas. ¿Acaso no desaparecerá el trabajo también por el hecho de que los productos que inundan los mercados a menudo dañan el entorno, contaminado por la acción de las máquinas, por la fabricación y el transporte de mercaderías? El trabajo depende de fuentes de energía cuya explotación arruina las reservas y contamina.

Pulgarcita sueña con una obra nueva cuya finalidad sería reparar esos perjuicios y ser benéfica –no habla del salario, habría dicho beneficiaria, sino también de la felicidad– para aquellos que trabajan. En suma, hace la lista de las acciones que no producirían estos dos tipos de contaminaciones, sobre el planeta y los humanos. Los utopistas franceses del siglo XIX, despreciados porque soñadores, organizaban las prácticas de acuerdo con direcciones contrarias a las que los precipitaron hacia este doble callejón sin salida.

Como no hay más que individuos, como la sociedad sólo se organiza alrededor del trabajo y todo gira en torno a él, inclusive los encuentros, inclusive las aventuras privadas que nada tienen que ver con él, Pulgarcita esperaba realizarse en él. Sin embargo, no encuentra mucho trabajo o se

aburre. Busca imaginar también una sociedad que ya no esté estructurada por él. ¿Pero estructurada por qué?

¿Y cuántas veces se le pide su opinión?

ELOGIO DEL HOSPITAL

También recuerda una visita padecida en un gran hospital. Entró en la habitación sin golpear, seguido, como un macho dominante, de hembras sumisas –el modelo bestial se imponía–, el patrón gratificó a su rebaño con un discurso de alto vuelo dando la espalda a Pulgarcita, acostada, que vivió la presunción de incompetencia. Como en la facultad; como en el trabajo. En un registro más popular, eso se dice: que lo tomen a uno de imbécil.

Rengo, al imbécil, en lengua latina, le falta, para sostenerse, un bastón, ese *bacillus* del que vienen nuestros bacilos. Una vez levantada de la cama, curada, Pulgarcita anuncia una novedad a la manera del enigma de Edipo: cuanto más avanza el tiempo, menos necesita el homínido ese bastón. Se mantiene de pie por sí mismo.

Escuchen. Los hospitales públicos de las grandes ciudades disponen de estacionamientos para

sillas o camas rodantes: en las salas de guardia; antes y después de una resonancia magnética o de otro escáner; delante de la sala de operaciones, para la anestesia o después, para el despertar... Se puede esperar allí de una a diez horas. Sabios, ricos o poderosos del mundo, no eviten estos lugares donde se escucha sufrimiento, conmiseración, cólera, angustia, gritos y lágrimas, ruegos a veces, exasperación, súplica de quien llama a la que no llama o se lamenta por la que no responde, silencio tenso de unos, espanto de los otros, resignación de la mayoría, reconocimiento también... Quien nunca tuvo que mezclar su voz en este concierto disonante sabe sin duda que sufre, pero ignorará siempre lo que significa "nosotros sufrimos", ese canturreo común emanado de la antecámara de la muerte y de los cuidados, purgatorio intermedio donde cada uno teme y espera una decisión del destino. Si uno se plantea la pregunta: ¿qué es el hombre?, la respuesta se da, se oye, se aprende aquí, a través de ese murmullo. Antes de oírlo, hasta un filósofo queda despistado.

Ése es el ruido de fondo, la voz humana que recubren nuestros discursos y chácharas.

ELOGIO DE LAS VOCES HUMANAS

Ese caos no murmura tan sólo en las escuelas o en los hospitales, no emana tan sólo de los Pulgaritos en clase o de los sollozos en paciente espera, sino que ahora llena todo el espacio. Los mismos profesores charlan cuando el director les habla; los internos conversan mientras oyen la perorata del patrón; los gendarmes hablan cuando el general da órdenes; reunidos en la plaza del mercado, los ciudadanos hacen ruido cuando el intendente, diputado o ministro arroja sobre las cabezas su lenguaje convencional. Citen, dice Pulgarcita, irónica, una sola asamblea de adultos de la que no emane, divertido, un barullo semejante.

Saturados de música de fondo, el bullicio de los medios y el griterío comercial ensordecen y adormecen, de ruido lamentable y de drogas calculadas, esas voces reales, más las voces virtuales de los blogs y las redes sociales, cuya cifra incalculable alcanza totales comparables a la población del planeta. Por primera vez en la historia, se puede oír la voz de todos. La palabra humana zumba por el espacio y el tiempo. A la calma de los pueblos del silencio, donde rara vez sonaban la sirena y la campana, el derecho y la religión, hija e hijo de la escritura, le sucede, de manera brusca, la extensión de

esas redes. Fenómeno bastante general como para prestarle atención, este nuevo ruido de fondo, tumulto de clamores y de voces, privadas, públicas, permanentes, reales o virtuales, caos recubierto por los motores y los sintonizadores de una sociedad del espectáculo envejecida de manera irreducible, reproduce en grande el pequeño tsunami de las clases y los anfiteatros; no, éste es antes bien el modelo reducido del primero.

Esas conversaciones pulgarcitas, ese tumulto de mundo ¿anuncian acaso una era en la que se mezclarán una segunda edad oral y esos escritos virtuales? Esta novedad ¿ahogará con sus ondas la edad de la página que supo formatearnos? Desde hace tiempo escucho esta nueva edad oral emanada de lo virtual.

Ésa es una demanda general de palabra análoga a la demanda singular que los Pulgarcitos hacen oír desde las escuelas hasta las universidades, en la sala de espera de los enfermos en los hospitales o de los empleados en el trabajo. Todo el mundo quiere hablar, todo el mundo se comunica con todo el mundo en innumerables redes. Ese tejido de voces concuerda con el de la Red; ambos murmuran en la misma frecuencia de onda. A la nueva democracia del saber, ya presente en los lugares donde se agota la vieja pedagogía y

donde se busca la nueva, con tanta lealtad como dificultades, corresponde, para la política general, una democracia en formación que, mañana, se impondrá. Concentrada en los medios, la oferta política muere; aunque no sepa ni pueda todavía expresarse, la demanda política, enorme, se levanta y presiona. La voz anotaba su voto con una boleta escrita, estrecha y recortada, local y secreta; con su capa ruidosa, hoy ocupa la totalidad del espacio. La voz vota de manera permanente.

ELOGIO DE LAS REDES

En este punto preciso, Pulgarcita increpa a sus padres: ustedes me reprochan mi egoísmo, pero ¿quién me lo muestra? Mi individualismo, pero ¿quién me lo enseñó? ¿Acaso ustedes supieron armar equipo? Incapaces de vivir en pareja, se divorcian. ¿Saben acaso hacer nacer y durar un partido político? Veán en qué estado se debilitan... ¿Constituir un gobierno en el que cada uno sea solidario durante mucho tiempo? ¿Jugar a un deporte colectivo? Pero si, para gozar del espectáculo, ustedes van a buscar a los actores a esos países lejanos en los que todavía se sabe actuar y vivir en grupo... Agonizan las viejas pertenencias: fraternidades de ar-

mas, parroquias, patrias, sindicatos, familias en recomposición; quedan los grupos de presión, vergonzosos obstáculos de la democracia.

Ustedes se burlan de las redes sociales y de nuestro nuevo uso de la palabra "amigo". ¿Alguna vez lograron reunir grupos tan considerables que su número se acerque al de los humanos? ¿No es prudente acercarse a los otros de manera virtual para herirlos menos, en primer lugar? Ustedes deben de temer, sin duda, que a partir de estas tentativas aparezcan nuevas formas políticas que barran a las precedentes, obsoletas.

Obsoletas, en efecto, y tan virtuales como las mías, sigue diciendo Pulgarcita, de repente animada: ejército, nación, iglesia, pueblo, clase, proletariado, familia, mercado... ésas son abstracciones, que vuelan por encima de las cabezas como fetiches de cartón. ¿Encarnadas, dicen ustedes? Por cierto, responde, sólo que esa carne humana, lejos de vivir, debía sufrir y morir. Esas pertenencias sanguinarias exigían que cada uno hiciera el sacrificio de su vida: mártires supliciados, mujeres lapidadas, herejes quemados vivos, presuntas brujas inmoladas en hogueras, hasta aquí en cuanto a las iglesias y el derecho; soldados desconocidos alineados de a miles en los cementerios militares, sobre los cuales a veces se inclinan, compungidos,

algunos dignatarios, largas listas de nombres en los monumentos a los muertos –en la guerra de 1914-1918, casi todo el campesinado–, hasta aquí en cuanto a la patria; campos de exterminio y gulags, esto por la teoría loca de las "razas" y la lucha de clases; en cuanto a la familia, alberga la mayoría de los crímenes, una mujer muere por día a causa del maltrato del marido o del amante; y en cuanto al mercado: más de un tercio de los humanos padece el hambre –muere un Pulgarcito por minuto– mientras que los opulentos hacen dieta. En la sociedad del espectáculo de ustedes, incluso la asistencia sólo crece con el número de cadáveres exhibidos; sus relatos, con los crímenes relatados, puesto que, para ustedes, una buena noticia no es una noticia. Desde hace unos cien años, contamos estos muertos de todo tipo de a cientos de millones.

A esas pertenencias nombradas por virtualidades abstractas, cuyos libros de historia cantan la gloria sangrante, a esos falsos dioses devoradores de víctimas infinitas, prefiero nuestra virtualidad inmanente que, al igual que Europa, no exige la muerte de nadie. Ya no queremos coagular nuestras asambleas con sangre. Lo virtual, al menos, evita ese aspecto carnal. No construir un colectivo sobre la masacre de otro y la suya propia; ahí

está nuestro futuro de vida frente a su historia y sus políticas de muerte.

Así hablaba Pulgarcita, viva.

ELOGIO DE LAS ESTACIONES, DE LOS AEROPUERTOS

Escuchen también, dice, cómo rugen las suaves multitudes que pasan. De acuerdo con la caza, los frutos, las variaciones del clima, el *Homo sapiens* no dejó de desplazarse, llegó a ser *Homo viator* desde hace mucho tiempo, hasta la fecha, bastante reciente, en que el planeta ya no le ofreció más tierras desconocidas. Desde la puesta a punto de diez tipos de motores, los viajes se multiplicaron al punto que la percepción del hábitat se transformó. Un país como Francia llegó a ser en poco tiempo una ciudad que el TGV [tren de gran velocidad] recorre como un metro y que las autopistas cruzan como calles. En 2006, las compañías aéreas ya habían transportado a un tercio de la humanidad. Por los aeropuertos y las estaciones pasa tal cantidad de personas que parecen moteles de tránsito.

Cuando calcula el tiempo de sus desplazamientos a partir de su casa, ¿Pulgarcita sabe acaso en qué ciudad vive y trabaja? ¿A qué comunidad per-

tenece? Vive en el suburbio de alguna capital, a una distancia en tiempo del centro y del aeropuerto equivalente a diez transportes más allá de las fronteras; reside, entonces, en un conurbano que se extiende por fuera de su ciudad y de su nación. Pregunta: ¿dónde vive? Reducido y expandido al mismo tiempo, ese lugar le plantea una pregunta política, puesto que la palabra política se refiere a la ciudad. ¿De cuál puede decirse ciudadana? ¡Otra pertenencia fluctuante! ¿Quién, venido de dónde, la representará, a ella que se plantea dónde habita?

¿Dónde? En la escuela, en el hospital en compañía de personas de múltiples proveniencias; en el trabajo, en el camino con extranjeros; en reunión con traductores; pasando por la calle donde se oyen varias lenguas; frecuenta sin cesar varios mestizajes humanos que reproducen de maravillas las mezclas de culturas y de saberes con los que se ha encontrado al momento de su formación. Porque los cambios radicales descriptos afectan también a la densidad demográfica de los países del mundo, donde Occidente se retrae ante la marea montante de África y de Asia. Las mezclas humanas fluyen como ríos a los que se les da nombres propios, pero cuyas aguas se mezclan de a decenas con las de sus afluentes. Pulgarcita

vive en un tapiz diverso, pavimenta su espacio con una marquetería dispar. Su vista se maravilla ante este caleidoscopio, sus oídos oyen el tintinear de un caos confuso de voces y de sentido que anuncia otros cambios.

INVERSIÓN DE LA PRESUNCIÓN DE INCOMPETENCIA

Utilizando la vieja presunción de incompetencia, grandes máquinas públicas o privadas, burocracia, medios, publicidad, tecnocracia, empresas, política, universidades, administraciones, inclusive ciencia en ocasiones... imponen su poder gigante dirigiéndose a presuntos imbéciles, llamados gran público, despreciados por las cadenas dedicadas al espectáculo. Acompañados por semejantes a quienes suponen competentes y, además, no tan seguros de sí mismos, los Pulgarcitos, anónimos, anuncian, con su voz difusa, que esos dinosaurios, que adquieren un tamaño tanto mayor por cuanto están en vías de extinción, ignoran la emergencia de nuevas competencias, como las siguientes.

Si consultó con anterioridad un buen sitio en la Red, Pulgarcita, nombre de código para la estudiante, el paciente, el obrero, la empleada, el ad-

ministrado, el viajero, la electora, el *senior* o el adolescente, ¿qué digo?, el niño, el consumidor, en suma, el anónimo de la plaza pública, aquel que se llamaba ciudadana o ciudadano, puede saber tanto o más sobre el tema tratado, la decisión a tomar, la información anunciada, el cuidado de sí... que un maestro, un director, un periodista, un responsable, un gran patrón, alguien que ha sido elegido, inclusive un presidente, todos llevados al pináculo del espectáculo y preocupados por la gloria. ¿Cuántos oncólogos confiesan haber aprendido más acerca de las mujeres con cáncer de mama en los blogs que en sus años de facultad? Los especialistas de historia natural ya no pueden ignorar lo que dicen, en línea, los granjeros australianos acerca de las costumbres de los escorpiones o los guías de los parques en los Pirineos acerca del desplazamiento de las gamuzas. El reparto vuelve simétrica la enseñanza, los cuidados, el trabajo; la escucha acompaña al discurso; el retorno del viejo iceberg favorece una circulación que puede dar lugar a dos interpretaciones. Lo colectivo, cuyo carácter virtual se ocultaba, temeroso, bajo la muerte monumental, deja lugar a lo *conectivo*, virtual de verdad.

Al terminar los estudios, alrededor de los 20 años, me hice epistemólogo, mala palabra para de-

cir que estudiaba los métodos y los resultados de la ciencia, intentando a veces emitir un juicio. Éramos pocos, en aquella época, a través del mundo, y manteníamos una correspondencia. Medio siglo más tarde, cualquier Pulgarcito de la calle se pronuncia sobre la energía nuclear, las madres subrogantes, los OGM [organismos genéticamente modificados], la química, la ecología. Ahora que ya no aspiro a esta disciplina, todo el mundo se hace epistemólogo. Hay una *presunción de competencia*. No se ríen, dice Pulgarcita: cuando la llamada democracia le dio el derecho de voto a todos, debió hacerlo contra quienes se escandalizaban de que se lo diera por igual a los sabios y a los locos, a los ignorantes y a los instruidos. Vuelve el mismo argumento.

Las grandes instituciones que acabo de citar, cuyo volumen sigue ocupando todo el decorado y el telón de lo que todavía llamamos nuestra sociedad, mientras que ésta se reduce a un escenario que pierde todos los días alguna plausible densidad, sin tomarse siquiera el trabajo de renovar el espectáculo y aplastando de mediocridad a un pueblo astuto, esas grandes instituciones, me gusta volver a decirlo, se parecen a las estrellas cuya luz seguimos recibiendo pero que la astrofísica calcula que murieron hace mucho tiempo.

Sin duda, por primera vez en la historia, el público, los individuos, las personas, el transeúnte antes llamado vulgar, en definitiva, Pulgarcita, podrán y pueden detentar al menos tanta sabiduría, ciencia, información, capacidad de decisión como los dinosaurios en cuestión, cuya voracidad de energía y avaricia en la producción todavía servimos, como esclavos sumisos. Así como toma cuerpo la mayonesa, esas mónadas solitarias se organizan, con lentitud, una por una, para formar un nuevo cuerpo, sin ninguna relación con las instituciones solemnes y perdidas. Cuando esta lenta constitución de repente se dé vuelta, como el iceberg de otra época, diremos que no vimos prepararse el acontecimiento.

Ese cambio radical afecta también a los sexos, puesto que las últimas décadas vieron la victoria de las mujeres, más trabajadoras y serias en la escuela, en el hospital, en la empresa... que los machos dominantes, arrogantes y debiluchos. Por esa razón también este libro se intitula *Pulgarcita*. Afecta también a las culturas, porque la Red favorece la multiplicidad de expresiones y, pronto, la traducción automática, mientras que apenas salimos de una era en la que la dominación gigante de una sola lengua había unificado dichos y pensamientos en la mediocridad, esterilizando la inno-

vación. En suma, afecta a todas las concentraciones, incluso las productivas e industriales, incluso las lingüísticas, incluso las culturales, para favorecer distribuciones amplias, múltiples y singulares.

He aquí la calificación por fin generalizada; he aquí el voto generalizado para una democracia generalizada. Todas las condiciones están dadas para una primavera occidental... salvo que los poderes que se oponen no utilizan ya la fuerza sino la droga. Un ejemplo tomado del diario: las cosas mismas pierden su nombre común para dejar lugar a los nombres propios de las marcas. Lo mismo ocurre con toda información, incluida la política, puesta en escena en arenas iluminadas donde parecen combatir sombras sin ninguna relación con la realidad. La sociedad del espectáculo transforma, pues, la lucha, dura en otros tiempos y en otras partes por barricadas y cadáveres, en una desintoxicación heroica que nos purgaría con somníferos distribuidos por tantos distribuidores de estupor...

ELOGIO DE LA MARQUETERÍA

...que, para conservar el antiguo estado de cosas, utilizan el argumento que apunta a la simplicidad;

¿cómo gestionar la complejidad hace poco anunciada por voces y barullos, heterogénea y dispar? ¿Desorden? Veamos. Atrapado en una red, un dorado intenta soltarse, pero cuanto más colea para liberarse, más se enreda; las moscas que dan vueltas quedan atrapadas en las telas de araña; los escaladores de montañas que se cruzan en una ladera, frente al peligro, embrollan tanto más sus sogas cuanto más se apresuran por desenredarse. Los administradores redactan a veces directivas para reducir la complejidad administrativa e, imitando a los alpinistas, la multiplican. ¿Acaso se reduce a un estado de cosas tal que todo intento de simplificarla la complica?

¿Cómo analizarlo? Por el crecimiento del número de elementos, su diferenciación individual, la multiplicación de las relaciones mutuas y de las intersecciones entre esos caminos. La teoría de los grafos y la informática tratan con esas figuras en red cruzada que la topología llama un *simplex*. En historia de las ciencias, esa complejidad aparece como un signo de que no se está utilizando un buen método y que es necesario cambiar de paradigma.

Las multiplicidades conexas de ese orden caracterizan a nuestras sociedades, en las que el individualismo, las exigencias de las personas o

de los grupos y la movilidad de los sitios se entrecruzan. Hoy en día, todo el mundo teje sus propios *simplexes* y se desplaza con otros. Hace un rato, Pulgarcita se desplazaba en un espacio mezclado, atigrado..., en un laberinto, ante un mosaico con los colores de un caleidoscopio. Como la libertad se refiere a cada uno y exige que goce de manos libres y de codos francos, nadie ve por qué simplificar esta exigencia de la democracia. Las sociedades simples nos llevan, en efecto, a la jerarquía animal, bajo la ley del más fuerte: haz piramidal con una única cima y una amplia base.

Que la complejidad proliferе, ¡enhorabuena! Pero tiene un costo: multiplicación y longitud de las filas de espera, lastres administrativos, embotellamientos en las calles, dificultad para interpretar leyes sofisticadas, cuya densidad, en efecto, hace decrecer la libertad. Se paga siempre con la misma moneda que se gana.

Este costo resulta ser, por otro lado, una de las fuentes del poder. De ahí que los ciudadanos sospechen que sus representantes no quieren reducir dicha complicación cuando acumulan directivas para que parezca que desean reducirla, sino más bien multiplicarla, como los dorados en la red.

ELOGIO DEL TERCER SOPORTE

Ahora bien, lo repito, la historia de las ciencias conoce el tipo de desplazamiento que se sigue de este tipo de crecimiento. Cuando el antiguo modelo de Tolomeo hubo acumulado decenas de epiciclos que hacían ilegible y complicado el movimiento de los astros, fue necesario cambiar de figura: el centro del sistema se movió hacia el Sol y todo se volvió límpido. Sin duda, el código escrito de Hammurabi puso fin a dificultades socio-jurídicas que dependían del derecho oral. Nuestras complejidades provienen de una crisis de lo escrito. Las leyes se multiplican, hacen crecer el *Diario oficial*. La página se encuentra al final de la carrera. Hay que cambiar. La informática permite este relevo. La gente espera y se empuja en las filas de las ventanillas; entre embotellamientos interminables, hasta se puede matar a su padre en una esquina, sin saberlo, por un desacuerdo sobre las prioridades de paso. Ahora bien, la velocidad electrónica evita la lentitud del transporte real y la transparencia de lo virtual anula los choques en las intersecciones, y en consecuencia, las violencias que implican.

¡Que la complejidad no desaparezca! Crece y crecerá, porque cada uno aprovecha el confort y la

libertad que procura; caracteriza la democracia. Para reducir su costo, basta con quererlo. Algunos ingenieros pueden resolver ese problema pasando al paradigma informático, cuya capacidad conserva e incluso deja crecer al *simplex*, pero lo recorre con rapidez, suprime filas o embotellamientos y amortigua los choques. La puesta a punto de un programa idóneo para un pasaporte virtual y válido para todos los datos personales y publicables puede requerir algunos meses, no más. Será necesario algún día ubicar en un nuevo y único soporte el conjunto de estos datos. Por el momento, se reparte en diversos mapas, cuya propiedad comparte el individuo con varias instituciones, privadas o públicas. Pulgarcita –individuo, cliente, ciudadano– ¿dejará para siempre que el Estado, los bancos, las grandes tiendas se apropien de sus propios datos, por cuanto hoy en día resultan una fuente de riqueza? He aquí un problema político, moral y jurídico, cuyas soluciones transforman nuestro horizonte histórico y cultural. Puede dar como resultado un reagrupamiento de los repartos sociopolíticos por el advenimiento de un quinto poder, el de los datos, independiente de los otros cuatro, legislativo, ejecutivo, judicial y mediático.

¿Qué nombre imprimirá Pulgarcita en su pasaporte?

ELOGIO DEL NOMBRE DE GUERRA

El nombre de mi heroína no indica “alguien de su generación”, “un adolescente de hoy”, expresiones de desprecio. No. No se trata de sacar un elemento x de un conjunto A , como se dice en teoría. Única, Pulgarcita existe como individuo, como una persona, no como una abstracción. Esto merece una explicación.

¿Quién recuerda la antigua división, en Francia y en otros lados, entre cuatro facultades: letras, ciencias, derecho y medicina-farmacia? Las primeras cantaban el *ego*, el yo personal, lo humano de Montaigne, así como el nosotros de los historiadores, lingüistas y sociólogos. Describiendo, explicando, calculando el *eso*, las facultades de ciencias enunciaban leyes generales, inclusive universales, Newton para la ecuación de los astros, Lavoisier en el bautismo de los cuerpos. En tercer lugar, la medicina y el derecho accedían ambos, quizá sin comprenderlo, a una manera de conocer que ignoraban las ciencias y las letras. Al unir lo general y lo particular, nació, en esas facultades jurídicas y médicas, un tercer sujeto... uno de los ancestros de Pulgarcita.

Su cuerpo, en primer lugar. Hasta hace poco tiempo, una plancha de anatomía mostraba un

esquema: de la cadera, de la aorta, de la uretra..., dibujo abstracto, casi geométrico. Ahora, reproduce una resonancia magnética de la cadera de tal anciano de 80 años, la aorta de esta jovencita de 16... Aunque individuales, esas imágenes tienen un alcance genérico y cualitativo. Como casuistas que eran, al estudiar un caso, los jurisconsultos romanos también tenían la costumbre de designar un tema citado en una causa tratada con el nombre de Gaius o Casius: *nombres de código, nombres de guerra, seudónimos, únicos* en dos personas: *individuales* y *genéricos*. Esos nombres juegan con lo general y lo particular; dobles si se quiere, valen para uno y para el otro.

Entiéndase por Pulgarcita un nombre de código para *tal* estudiante, este paciente, este obrero, este campesino, este elector, este transeúnte, este ciudadano... *anónimo, por cierto, pero individuado*. No es tanto un elector que cuenta como uno en los sondeos, ni un telespectador que cuenta como uno en la medición del *rating*, no es tanto una cantidad como una cualidad, una existencia. Como en otros tiempos el soldado desconocido, cuyo cuerpo yace de verdad aquí y que el análisis de su ADN individualizaría, aquel anónimo es el héroe de nuestro tiempo.

Pulgarcito codifica ese anonimato.

ALGORÍTMICO, PROCEDIMENTAL

Observemos ahora a Pulgarcita manipular un teléfono celular y dominar con sus pulgares las teclas, los juegos o los buscadores: despliega sin vacilar un campo cognitivo que una parte de la cultura anterior, la de las ciencias y las letras, dejó largo tiempo en barbecho y que se puede llamar "procedimental". Esas manipulaciones, esa gestualidad, que nos servían antes, en la escuela primaria, sólo para plantear de manera correcta las operaciones simples de la aritmética y, quizá, también, a veces, para disponer de artificios retóricos o gramaticales. En trance de competir con lo abstracto de la geometría tanto como con lo descriptivo de las ciencias sin matemáticas, estos procedimientos atraviesan hoy el saber y las técnicas. Forman el pensamiento *algorítmico*. Éste comienza a comprender el orden de las cosas y a servir a nuestras prácticas. En otros tiempos, formaba parte, al menos a ciegas, del ejercicio jurídico y del arte médico. Ambos se enseñaban en facultades separadas de ciencias y de letras porque, justamente, utilizaban recetas, encadenamientos de gestos, series de formalidades, maneras de proceder, sí, procedimientos.

Ahora, el aterrizaje de aeronaves sobre pistas frecuentadas; las conexiones aéreas, ferroviarias,

camineras, marítimas, en un continente dado; una larga operación quirúrgica de riñón o de corazón; la fusión de dos sociedades industriales; la solución de un problema abstracto entre aquellos que reclaman una demostración desarrollada sobre cientos de páginas; el dibujo de un pulgar, la programación; la utilización del GPS... exigen conductas diferentes de la deducción del geómetra o de la inducción experimental. Lo objetivo, lo colectivo, lo tecnológico, lo organizacional... se someten más, hoy en día, a ese *cognitivo algorítmico o procedimental* que a las abstracciones *declarativas* que, alimentada por las ciencias y las letras, consagra la filosofía desde hace más de dos milenarios. Si, por ser sólo analítica, no ve cómo se instaura hoy ese cognitivo, entonces no acierta en el pensamiento, no sólo en sus medios, sino en sus objetos, incluso en su sujeto. Se le escapa nuestro tiempo.

EMERGENCIA

Esta novedad no es nueva. El pensamiento algorítmico, que precedió en Grecia al invento de la geometría, volvió a emerger en Europa con Pascal y Leibniz, que inventaron dos máquinas calculadoras y, como Pulgarcita, llevaron seudónimos. For-

midable pero entonces discreta, esta revolución pasó desapercibida por los filósofos, alimentados en las ciencias y en las letras. Entre la formalidad geométrica –las ciencias– y la realidad personal –las letras– advenía, desde aquella época, una nueva cognición de los hombres y las cosas, ya prevista en el ejercicio de la medicina y del derecho, ambos preocupados por reunir jurisdicción y jurisprudencia, enfermo y enfermedad, universal y particular. Emergía allí nuestra novedad.

Mil métodos eficaces utilizan ahora, en efecto, procedimientos o algoritmos. Heredera directa de la Medialuna fértil de antes de Grecia, de Al Kwarismi, sabio persa que escribía en árabe, de Leibniz y de Pascal, esa cultura invadió hoy el área de la abstracción y de lo concreto. Letras y ciencias pierden una vieja batalla de la que dije en otros tiempos que comenzó con *Menón*, diálogo de Platón, donde Sócrates geómetra desprecia a un pobre esclavo que, lejos de demostrar, usa procedimientos. A ese servidor anónimo, hoy lo llamé Pulgarcito: ¡vence a Sócrates! ¡Inversión más que milenaria de la presunción de competencia!

La nueva victoria de esos viejos procedimientos proviene del hecho de que lo algorítmico y lo procedimental se apoyan en códigos... Volvemos a los nombres.

ELOGIO DEL CÓDIGO

He aquí, precisamente, un término (*codex*) común, desde siempre, al derecho y a la jurisprudencia, a la medicina y a la farmacia. Ahora bien, hoy, la bioquímica, la teoría de la información, las nuevas tecnologías se apropian de él y, a partir de allí, lo generalizan al saber y a la acción en general. En otros tiempos, el vulgo no entendía nada de los códigos jurídicos ni del de los medicamentos; abierta o cerrada, su escritura, aunque exhibida, sólo era legible para los doctos. Un código se parecía a una moneda de dos lados, cara y ceca, contradictorios: accesible y secreto. Vivimos desde hace poco en la civilización del acceso. La correspondencia lingüística y cognitiva de esa cultura se vuelve el código, que lo permite o lo prohíbe. Ahora bien, como el código instituye un conjunto de correspondencias entre dos sistemas que han de traducirse uno a otro, el mismo posee las dos caras que necesitamos en la circulación libre de los flujos cuya novedad acabo de describir. Basta codificar para preservar el anonimato dejando libre el acceso.

Ahora bien, el código es el viviente singular; el código es tal hombre. ¿Quién soy, yo, único, individuo, también genérico? *Una cifra indefinida,*

descifrable, indescifrable, abierta y cerrada, social y púdica, accesible-inaccesible, pública y privada, íntima y secreta, a veces desconocida para mí y exhibida al mismo tiempo. Existo, luego soy un código, calculable, incalculable como la aguja de oro más la pila de paja en la que, perdida, disimula su brillo. Mi ADN, por ejemplo, a la vez abierto y cerrado, cuya cifra me construyó en sentido carnal, íntima y pública como las *Confesiones* de san Agustín, ¿cuántos signos? *La Gioconda*, ¿cuántos píxeles? El *Requiem* de Fauré, ¿cuántos bits?

Medicina y derecho alimentaban desde hace mucho tiempo esta idea del hombre como código. El saber y las prácticas lo confirman hoy, cuyos métodos usan *procedimientos y algoritmos*; el código hace nacer un nuevo *ego*. ¿Personal, íntimo, secreto? Sí. ¿Genérico, público, publicable? Sí. Mejor, los dos: doble, ya lo dije del seudónimo.

ELOGIO DEL PASAPORTE

Dicen que los antiguos egipcios distinguían el cuerpo humano de su alma, como nosotros, pero añadían a esa dualidad un doble, Ka. Por cierto, sabemos reproducir el cuerpo, fuera, por ciencia, pantallas y fórmulas; y describir el alma íntima, en

Confesiones, como Rousseau –¿cuántos signos?–. ¿Puedo, asimismo, reproducir a mi doble, accesible y publicable aunque indefinido y secreto? Basta con codificarlo. Al generalizar, por ejemplo, el carné de la seguridad social con todos los datos posibles, íntimos, personales y sociales, inventamos un Ka, pasaporte universal codificado: abierto y cerrado, doble público y secreto sin contradicción. Nada menos extraño. Aunque intente pensar por mí mismo, hablo en la lengua común.

Ese *ego* puede, como alma y conciencia, confesarse en voz baja, pero también deslizarse, como materia plástica dura, en el bolsillo. Sujeto, sí; objeto, sí; doble, pues, una vez más. Doble como un paciente, singularmente dolorido, pero ofrecido al paisaje, a la mirada médica. Doble, competente, incompetente... doble como un ciudadano, público y privado.

IMAGEN DE LA SOCIEDAD DE HOY

En unos tiempos inolvidables, algunos héroes quisieron construir juntos una torre alta. Llegados de tierras dispares y hablando idiomas intraducibles, no pudieron lograrlo. Sin comprensión, no hay equipo posible; sin colectivo, no hay edifi-

cio. La torre de Babel apenas se levantó. Pasaron miles de años.

Desde que en Israel, a Babilonia o hacia Alejandría, profetas o escribas lograron escribir, una cantidad de equipos se hicieron posibles y la pirámide se alzó, así como el templo y el zigurat. Se terminaron. Pasaron miles de años.

Una mañana, en París, una concentración humana llamada Exposición Universal dio lugar a un ensayo semejante. Sobre su página, una cabeza experta diseñó un plan y, después de haber elegido los materiales, calculó su resistencia y entrelazó travesaños de acero hasta 300 metros de altura. Desde entonces, la torre Eiffel cuida la margen izquierda del Sena.

Desde las pirámides de Egipto hasta ella –las primeras de piedra; la última de acero–, la forma global permanece estable; estable en el estado, estable como el Estado, estos dos términos no hacen sino uno. El equilibrio de estática reúne el modelo del poder, invariante a través de diez variaciones aparentes, religiosas, militares, económicas, financieras, expertas... poder siempre detentado por algunos, allá arriba, unidos de cerca por el dinero, la fuerza armada u otros aparatos apropiados para dominar una base amplia y baja. Entre el mons-

truo de roca y el dinosaurio de acero, no hay un cambio notable: la misma forma se muestra más calada, transparente, elegante en París; compacta y condensada en el desierto; en cualquier caso, la cima en punta y la base ensanchada.

La decisión democrática no cambia nada a este esquema. Siéntense en ronda, en el suelo, y serán iguales, decían los antiguos griegos. Esta mentira, astuta, finge no ver, en la base de la pirámide o de la torre, el centro de la asamblea que marca en el suelo la proyección del vértice piramidal, el lugar donde se asienta su cima sublime. Centralismo democrático, decía en otros tiempos el Partido Comunista, retomando esa vieja ilusión escénica, mientras que en el centro cercano vigilaban Stalin y sus secuaces, que deportaban, torturaban, mataban. A falta de un cambio real, nosotros, sujetos de la periferia, preferimos un poder lejano, allá en lo alto del eje, antes que ese vecino aterrador. Nuestros ancestros franceses hicieron la revolución no tanto contra el rey, más bien popular, cuanto para suprimir al malvado barón que tenían cerca.

Keops, Eiffel, el mismo Estado.

Michel Authier, genial consultor informático, junto conmigo, su asistente, proyectamos encender un fuego o plantar un árbol frente a la torre Eiffel

sobre la margen derecha del Sena. En computadoras dispersas aquí o allá, cada uno introducirá su pasaporte, su Ka, imagen anónima e individualizada, su identidad codificada, de manera tal que una luz láser, floreciente y colorida, que sale del suelo y reproduce la suma innumerable de esas cartas, mostrará la imagen exuberante de la colectividad, así formada de manera virtual. Por sí mismo, cada uno entrará en este equipo virtual y auténtico que unirá, en una imagen única y múltiple, a todos los individuos que pertenezcan al colectivo diseminado, con sus cualidades concretas y codificadas. En este alto ícono, tan alto como la torre, las características comunes se reunirán en una suerte de tronco, las más raras en las ramas y las excepcionales en el follaje y en los brotes. Pero como esa suma no dejaría de cambiar, como cada uno con cada uno y uno después de otro se transformaría día tras día, el árbol así erigido vibraría a lo loco, como inflamado por llamas danzantes.

Frente a la torre inmóvil, férrea, que lleva, orgullosa, el nombre del autor y que se olvida de los miles que lucharon en esta obra, algunos de los cuales murieron; frente a la torre portadora, en lo alto, de uno de los emisores de la voz de su señor, bailará, atigrada, desnuda, abigarrada, mosaica, mu-

sical, caleidoscópica, una torre voluble, con llamas de luz cromática, que representan al colectivo conectado, tanto más real, por los datos de cada uno, cuanto que se presentará como virtual, participativa –decisoria cuando se quiera–. Volátil, viva y suave, la sociedad de hoy arroja mil lenguas de fuego al monstruo de ayer y de antaño, duro, piramidal y helado. Muerto.

Babel, estadio oral, no hay torre. Desde las pirámides a Eiffel, estadio escrito, Estado estable. Árbol en llamas, novedad vivaz.

Encantada pero severa, Pulgarcita: si me quedo en París, me parecen viejos, ustedes dos. Hagan también arder ese árbol volátil sobre las orillas del Rin, para que bailen también mis amigas alemanas; en lo alto del paso Agnel, para cantar con mis colegas italianas; a lo largo del bello Danubio azul, en las orillas del Báltico... Verdades más acá del Mediterráneo, del Atlántico y de los Pirineos; verdades más allá, hacia los turcos, íberos, magrebinos, congoleses, brasileños...

Enero de 2012